







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, SILVIA SCHUJER  
© De esta edición:  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4775-1  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Edición: MARÍA CRISTINA PRUZZO  
Ilustraciones: JAVIER JOAQUÍN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schujer, Silvia

La moneda maravillosa / Silvia Schujer ; ilustrado por  
Javier Joaquín. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Santillana, 2016.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4775-1

1. Narrativa Histórica Argentina. 2. Literatura Infantil.

I. Javier Joaquín, ilus. II. Título.

CDD A863

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,  
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de  
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,  
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o  
cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 8.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES  
DE FEBRERO DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192,  
AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# La moneda maravillosa

Silvia Schujer

Ilustraciones de Javier Joaquín

loquele<sub>o</sub>



—El de la vieja, dele, cuéntenos ese.

7

—Muy bien: *Érase una viejecita / sin nadita que comer / solo charque, humita, dulces...*

—No, ese no, madre. Benigno dice el de la vieja y el arroz.

—Sí, el de la vieja, el arroz ¡y el cuchillo!

—Pero ese cuento es muy largo y estoy muy cansada.

—Vamos, madre, cuéntenos ese y después nos dormimos rapidísimo. ¿No es cierto, Sereno?

(Silencio)

—¿NO ES CIERTO, SERENO? —insistió Benigno mientras que, por debajo del

cubrecama, pateaba a su hermano para que no lo contradijera.

—¡Ay, madre! ¡Benigno me está golpeando!

—¡Basta, muchachos! ¡Por hoy está bien! Se los voy a contar, pero apenas termino se me dejan de embromar. ¿Está claro?

8

Eso fue lo último que les dijo Dominga a los mellizos antes de empezar a hacer una de las cosas que más le gustaba en la vida: contar cuentos. Historias que a ella misma se le ocurrían mientras las iba hilvanando. O cuentos que alguna vez había escuchado en la calle, en la casa de sus patrones, o visto en los libros que tenía el maestro y que –aunque no sabía leer– ella adivinaba por los grabados. El caso es que esa noche, con el rancho a oscuras porque ya los tres se habían acostado, Dominga empezó:

—*Esta es la historia de una viejita muy pobre que vivía sola y que una vez, mientras*



*barría el patio, se encontró una moneda. “Qué buena suerte”, pensó. Y enseguida entró en su casa a guardarla en el mismo frasco donde guardaba el arroz.*

*Ese mediodía, la mujer abrió el frasco, sacó el arroz que necesitaba para cocinar su almuerzo y vio que apenas le quedaba un puñadito para la cena. “Ay de mí”, suspiró. Claro que la preocupación no le duró demasiado, ya que, cuando se hizo de noche, el envase estaba otra vez medio lleno de arroz. Entonces preparó la comida con un poco, dejó lo necesario para el almuerzo siguiente y, al otro día, se encontró con el frasco jotra vez por la mitad!*

*Como se imaginarán, hijos míos, la mujer decidió dejar la moneda mágica ahí donde la había puesto –en el frasco– y desde entonces no le faltó de comer.*

—Esa sí era una vieja sortuda.

—Suertuda, se dice, cabeza de mula.

—Más mula serás vos.

—¡Basta, carancho! Se dejan de pelear o los dejo sin cuento.


—No embromes, Benigno, que ahora viene lo del tigre.

10 —Muy bien —continuó Dominga—: *Cuando el tigre de la montaña se enteró de la noticia, se presentó a la vieja y le pidió la moneda. Como es natural, la señora le dijo que no se la iba a dar. Entonces el tigre lanzó un rugido y habló:*

—*Esta noche —Dominga rugió como un tigre— me tendrás de vuelta. Y cuando me haya hartado de comer tus huesos —esta parte les encantaba a sus dos hijos—, ¡me apoderaré del tesoro!*

*Aterrorizada, la viejita se puso a llorar y, solo después de calmarse, empezó a afilar un cuchillo para poder defenderse esa noche.*

—*Abuela, ¿por qué afilas un cuchillo? —le preguntaron unos garbanzos.*





—Mis queridos —dijo ella—, el tigre quiere comerme y afile el cuchillo para defenderme.

—No te preocupes, abuela, nosotros te vamos a ayudar.

—Pero ¿cómo?

—Lo vamos a esperar en el umbral.

12 De un solo impulso los garbanzos saltaron a tierra y se acomodaron ante la puerta. Mientras lo hacían, la viejita siguió con su tarea.

—Abuela —preguntó de pronto un huevo—, ¿por qué afilas un cuchillo?

—Mi querido —dijo ella—, el tigre quiere comerme. Yo afile el cuchillo para defenderme.

—Pues yo te voy a ayudar.

—Pero ¿cómo?

—Sentándome en el hogar.

Y mientras el huevo se acomodaba entre unos leños, la viejita siguió con su tarea. Hasta que apareció un cangrejo y le preguntó:

—Abuela, ¿por qué afilas un cuchillo?

—Mi querido —respondió—, el tigre quiere comerme. Yo afilo el cuchillo para...

—¡Defenderme! —gritaron a coro los mellizos. Y Dominga siguió—:

—No te preocupes, abuela, que yo te voy a ayudar.

—Pero cómo, pequeño cangrejito.

—Escondido en la jarra de agua, allí lo voy a esperar.

Y mientras el cangrejo se zambullía en el cuenco, la abuela siguió afila que te afila.

—Amiga —le preguntó sorprendido un garrote—, ¿por qué afilas un cuchillo?

—Mi querido —dijo ella—, el tigre quiere comerme. Y yo afilo el cuchillo para defenderme.

—No te preocupes, abuela, que yo te puedo ayudar.

—¿Pero cómo, dónde?

—En el borde de tu cama. Allí me voy a acostar.

*Y mientras el garrote ocupaba su puesto, un buen martillo se acomodó en el marco de la puerta y también se dispuso a esperar.*

14 *Lo cierto es que, cuando se hizo de noche, el cuchillo estaba tan afilado que cortaba como una espada. Entonces —más tranquila—, la viejita fue a su cama y se acostó a dormir.*

*Al poco rato apareció el tigre. Se acercó al ranchito de la vieja y de un cabezazo abrió la puerta. Claro que, apenas la atravesó, los garbanzos empezaron a moverse para todas partes y el tigre, al pisarlos, se cayó de cola y quedó panza arriba.*

—¡Buu! ¡Un tigre! ¡Benigno está callado porque tiene miedo!

—Mentira. ¡Madre, Sereno es un tar...!

—¡Basta! —los cortó Dominga y retomó la historia—. *Una vez que se repuso del resbalón y volvió a pararse sobre sus cuatro patas, el tigre fue tanteando el terreno hasta llegar al fogón por un poco de luz. Arrimó el hocico y*

*se puso a soplar y soplar las brasas para atizar el fuego. Entonces el huevo estalló y le llenó de cenizas los ojos.*

*El tigre buscó agua para lavarse la cara. A duras penas encontró una jarra sobre la mesa y cuando metió una pata para salpicarse, las pinzas del cangrejo le dieron un pellizcón.*

15

*El tigre sacó la pata herida y, rugiendo de dolor (y de furia), dio media vuelta y saltó hacia donde estaba la viejita.*

*—¡Vieja malvada! —gruñó—. ¡De mí no te vas a salvar!*

*Pero no terminó aquel rugido cuando el garrote se puso en guardia y empezó a golpearle la cabeza. Le dio tantos garrotazos que el tigre vio las estrellas y se desmayó.*

*Cuando parecía más muerto que vivo, la viejita bajó de su cama empuñando el cuchillo. El ruido metálico llenó al tigre de espanto, por lo que en un rápido movimiento trató de escaparse.*

*Fue en ese preciso instante que los garbanzos de la entrada volvieron a moverle el piso. Entonces el tigre perdió el equilibrio, golpeó contra el marco de la puerta y le cayó el martillo encima.*

16 *La viejita comprendió que su enemigo estaba muerto y, con la ayuda de unos vecinos que habían escuchado los ruidos, lo enterraron en el bosque.*

*Desde entonces la mujer vive tranquila y, cada vez que cocina su arroz, recuerda la historia de su moneda y del viejo tigre feroz.*